

¿Pesimismo? Organización



A atención general del país está ya fijada en los intereses más sagrados y perentorios de la niñez y juventud escolar y nadie se atreve a sacrificar de buen grado al Moloch impuro de la enseñanza sin Dios ni Religión ni Moral. Es muy lógico que el movimiento ascensional empiece desde la escuela, como es lógico empezar toda edificación por su fundamento, como es natural que, quien espera la cosecha piense ante todo en la semilla y en cuidarla con esmero. Refórmase la escuela según los derechos imprescriptibles de Dios, de los padres de familia, de la niñez misma y sin otra reforma se logrará el gran objeto de hacer hombres y de hacer patria. Sin esta reforma, estará falta de un punto de apoyo, será condenada al fracaso, pues con todo no se construye nada y en donde faltan hombres y ciudadanos de carácter y de honor las leyes son inútiles y pasatiempo de teóricos.

Muy alto ha sonado y no sin razón la queja de que en Filipinas no hay organización. ¡Paciencia! Está ya en camino, se la ve venir. Antes de cualquier organización en el terreno práctico de la acción, debe preceder la organización o formación del pensamiento; la voluntad sigue el impulso director de la convicción. Explicable es sin duda la impaciencia de los inteligentes y perspicaces, pero harán bien en concentrar la fuerza de su convencimiento y el celo de su noble corazón para aumentar su energía y desparar su luz en su alrededor; la propaganda por la palabra es la más poderosa y nunca se frustra. Sobre todo es preciso tener bien presente que si el fin es el principio de la inteligencia, es el último término de la acción; que la organización de la masa popular no brota de la tierra como Minerva de la cabeza de Júpiter, que ningún ser en el orden físico, moral o intelectual alcanza desde su principio su completo desarrollo, sino que brota de la semilla, crece y se fortalece. Ningún erial se metamorfosea de un golpe en tierra labrada, sino que se la trabaja por parcelas, surco a surco y golpe tras golpe de arador.

Dios mediante diré algo más en otro artículo sobre el particular.

Un largo y hondo surco ha sido ya abierto en el campo de la organización católica en Filipinas y debe causar gran regocijo alentar viva y eficazmente a todos los buenos el hecho de que tal organización haya empezado desde las cumbres de la sociedad quiero decir, de los Caballeros de Colón, quienes reclutan sus afiliados entre la

gente de saber, de valor y de influjo. Es un fenómeno nada común del que se puede felicitar calurosamente a los Filipinos. Si es verdad que "exempla ab altis", los ejemplos bajan de los altos al pueblo, tampoco se pueden gloriarse todos los pueblos de la ejemplaridad de sus proceres, pues muchos han caracterizado a sus grandes con una palabra exclusivamente castellana, sin equivalente en otras lenguas, llamándolos CACIQUES.

Huelga decir que esta organización de los Caballeros de Colón está llamada a gozar de una influencia tan poderosa como provechosa para el pueblo filipino y puede en muy corto espacio alcanzar resultados importantísimos. Entre otras cosas, enseñará a la *rising generation* que, para ser "alguien" no es preciso vender su alma cristiana, su conciencia y su nombre de caballero a la secta oscura de la masonería; lección muy necesaria en Filipinas. Así se explica muy naturalmente el odio que todos los hijos de la viuda de Hiram profesan y demuestran a la Orden de tan ínclitos y valientes Caballeros.

Hay en esta institución otras notas singulares que la hacen muy simpática. Es lega, no en el sentido pervertido y perverso de la palabra; sus adeptos se reclutan en su mayoría entre los seglares que han comprendido su vocación determinada en el apostolado católico, formando una compañía con armas propias, pero sin sustraerse a la subordinación jerárquica de divina institución. El Jefe Supremo del Vaticano ha aprobado su organización y bendecido su programa de acción.

En cuanto a sus pruebas las ha dado ya y de monta, pruebas de Caballería de buena ley, de generosidad y desinterés, logrando durante y después de la guerra mundial una reputación de bienhechora en todos los países. Es para Filipinas una adquisición de sumo valor. El estado mayor del ejército lego está en vía de formación.

Esa institución reúne felizmente dos razas, la Americana y la Española en un abrazo fraternal. Se bautizó con el nombre misma del gran descubridor de América, mandatario de los Reyes Católicos de España, en testimonio de gratitud hacia la nación hidalga que llevó a América la luz de la religión y de la civilización católica.

Así se trasplantó a la fértil California la cepa del Bordeaux, y cuando la filoxera destruyó por completo los viñedos de Francia, se reimportaron a ésta los plantones americanizados que parecen estar inmunes del bicho destructor. A los españoles y a sus hijos y nietos filipinos debe gustar mucho su Colón redivivo por milagro americano. ¿Puédese imaginar más bella reci-

proxidad entre el Viejo y el Nuevo Mundo? La Religión Católica ha realizado este intercambio americano-español que honra a ambas naciones y puede mejor que cualquier diplomacia secreta cimentar entre ellas la paz verdadera y duradera fundada en la caridad de Cristo.

Han entendido muy bien los Caballeros americanos que tenían una misión muy especial "que cumplir" en Filipinas, que su nación tenía otros derechos y otros deberes más elevados que la llamada separación de la Iglesia y del Estado, que parece más bien un divorcio completo y absoluto con la consiguiente hostilidad y esclavitud de aquella por éste. ¿Será, quizás, temeraria la esperanza de que dicha misión americana tendrá mejores resultados para la anhelada independencia que ciertas misiones políticas? Esos misioneros no llegan a Filipinas como dominadores, sino como hermanos, con ojos, manos y corazones abiertos, prontos a enderezar todos los entuertos y satisfacer todos los agravios. Cuando hayan conseguido establecer sobre bases, fuertes y sólidas una rama filipina de su organización, encontrarán en América una entusiasta aco-

gida de parte de su poderosa institución, cuyo influjo en la Casa Blanca no es un misterio para nadie.

Sea lo que quiera de este aspecto de la cuestión, es muy cierto que la benemérita Orden de los Caballeros de Colón que se ha naturalizado en Filipinas, está destinada a dar un grande empuje a la organización de las filas católicas, que de ella nada hay que temer y sí mucho que esperar para el bien de la Religión y por consiguiente para la misma Patria. Es merecedora de los Plácemes y de la estimación de toda persona de buen sentido y de nobles aspiraciones y muy especialmente de parte de los católicos.

Resumiendo lo dicho, consta ya que los católicos filipinos tienen los dos cabos de la aurea cadena de organización; la niñez y la nobleza, los pequeños y los grandes; la de la niñez está ya grabada en las leyes de la inteligencia y del corazón y seguirá tarde o temprano en los Códigos. La de la nobleza está ya hecha.

No hay, pues, motivos para el pesimismo.

CANTA CLARO

Holanda, octubre de 1923.

POSIBILIDAD DEL MILAGRO

HA mayor parte de los adversarios del milagro, se esfuerzan inútilmente en impugnar su misma posibilidad; puesto que si llegara ésta a probarse, sería evidente que no pudieron hacerse jamás milagros.

Pero ahí está el caballo de batalla; Señores de la "Catequesis", etc., etc.; este es el blanco a donde disparan sus más certeros tiros los impíos modernos, escudándose principalmente en las leyes naturales, ora acudiendo a su inmutabilidad, ora a una supuesta mutabilidad, que quizás desconocemos. ¡Vaya un modo de fluctuar!

Pero ¿qué contradicción envuelve el que Dios se valga de los agentes naturales que él mismo ha producido, para obtener efectos, que ellos por sus solas fuerzas no pueden causar? Habría verdadera contradicción si los agentes naturales, por sí mismos y sin un concurso extraordinario de Dios, fuesen causa de efectos sobrenaturales; pero ésto nadie lo afirma.

Tampoco está en pugna el milagro con las esencias de las cosas, ni con los atributos que resplandecen en Dios, ni con las leyes impuestas por el mismo Creador al Universo.

¿Qué viene a ser, pues, el milagro? Sencillamente una modificación de las leyes dadas por Dios a la naturaleza. Y como la incredulidad contemporánea quiere negar hasta la existencia misma de Dios,—lo que es peor aún que lo que hicieron los mismos rusos,

que gritaban el 31 de Marzo por las calles de Moscow: ¡Muera Dios!, los cuales aun en su locura reconocieron su existencia,—no es maravilla, que se obstine también en negarle además el poder, para modificar sus mismas obras.

Pero ¿no tiene acaso cualquier artista derecho a modificar sus obras? ¿No admiten las sociedades civilizadas este derecho? ¿Y habrá de carecer Dios, el Creador por antonomasia, de dominio sobre sus mismas creaciones?

Es además el milagro una suspensión, no destrucción de las leyes naturales; y para probar que es posible esta suspensión, basta considerar que los efectos de las obras naturales, son contingentes, no necesarios; y que dependen únicamente de condiciones completamente contingentes. Por consiguiente puede Dios privar al agente productor, de sus naturales efectos, de las energías necesarias; o puede suspender su concurso necesario, o finalmente en su mano está el suspender por algún tiempo el efecto, que deberían producir los agentes naturales.

* * *

Concretemos ya los ataques de los enemigos del milagro, que lo combaten desesperadamente por sus cuatro costados, a saber: su misma posibilidad, su realidad histórica, su cognoscibilidad y finalmente su fuerza probativa. Pero como el autor o autores de la "Catequesis" del renegado Aglipay no admiten nada sobrenatural, ni se atie-

nen a las decisiones de los Sagrados Concilios, ni a la autoridad de los Libros Santos, hemos de citarlos ante el justo tribunal de la razón, y hemos de abrir ante ellos el libro de la Historia, para convencerlos de haber incurrido en contradicción palmaria y de proceder de mala fe.

Y ante todo citaremos, para mayor claridad de nuestros lectores católicos, las gravísimas palabras del Concilio Vaticano contra estos impugnadores del milagro: "Si alguno dijere que los milagros son imposibles; y que por lo tanto se han de tener por fábulas o mitos, aun aquellos que refiere la Sagrada Escritura; o que nunca pueden conocerse con certeza; o que por ellos no se puede probar el origen divino de la religión cristiana, sea anatema".

* * *

Objetan algunos impíos, diciendo que el milagro es una violación de la ley, y Dios no hace las leyes para violarlas.

Pero ¿qué es violar? Es infringir o quebrantar una ley o un precepto; y por consiguiente un esclavo puede violar los preceptos de su amo, un hijo los mandatos de su padre, y un súbdito, podrá también quebrantar las leyes dadas por el legislador. Mas nunca diremos que el legislador viola; sino que dispensa, modifica, abroga, deroga, etc., sus propias leyes.

Pues bien, Dios es el Legislador Supremo, que ha impuesto sus sapientísimas leyes a los cuerpos, y a los elementos; lo mismo al diminuto mosqui-